

Postfútbol

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2026, Juan Pablo Meneses
Derechos exclusivos de edición
© 2026, Editorial Planeta Chilena S. A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

Diseño de portada: Isabel de la Fuente
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: marzo de 2026

ISBN: 978-956-408-890-7

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

JUAN PABLO MENESES

Postfútbol

El deporte que explica nuestra época

“El fútbol es un espejo distorsionado de la sociedad”.

JUAN VILLORO

A mi padre, futbolista del Veneciano

Índice

El fútbol cambió porque cambió el mundo	13
El fútbol cambió porque cambió la economía	21
El fútbol cambió porque cambió la vigilancia	31
El fútbol cambió porque cambiaron las apuestas	41
El fútbol cambió porque cambió el teléfono	53
El fútbol cambió porque cambió el periodismo	61
El fútbol cambió porque cambió la inteligencia	73
El fútbol cambió porque cambió el dinero	83
El fútbol cambió porque cambió el porno	97
El fútbol cambió porque cambió la religión	109
El fútbol cambió porque cambió la moda	121
El fútbol cambió porque cambió el narco	133
El fútbol cambió porque cambió el territorio	145
El fútbol cambió mi viaje	163
El fútbol cambió porque cambiamos nosotros	175

El fútbol cambió porque cambió el mundo

El mundo cambió y el fútbol fue de los primeros en darse cuenta. Pero esa lucidez lo transformó en otra cosa, en un nuevo deporte: el postfútbol.

Murió un juego y empezó otro. No esperó consensos, ni congresos deportivos, ni seminarios académicos, ni registros de marca, ni bibliotecas llenas de expertos. No vino a discutir con el pasado ni a rendirle homenaje a la nostalgia. Irrumpió como las cosas inevitables: sin timidez ni diplomacia. Tomó el deporte más popular del planeta y lo empujó hacia un abismo tecnológico, financiero y emocional del que ya no se puede regresar. Porque, aunque los estadios sigan llenándose, los canales sigan transmitiendo partidos y los niños todavía sueñan con ser goleadores y triunfar, todo lo que vemos ya no es fútbol.

Es otro deporte.

Es una nueva era.

Este libro trata, en detalle, sobre qué es lo que vemos cuando vemos esto nuevo. Y cómo ese que jugábamos en el barrio terminó convertido en una simulación industrializada, en una máquina global en constante mutación. Algunos dirán que lo que se mantiene es la camiseta, pero los cambios en la moda global también han transformado la vestimenta deportiva.

Mientras el resto de la sociedad aún se preguntaba qué hacer con la digitalización, con la vigilancia, con los algoritmos y con el capital, que circula más rápido que las personas, el fútbol ya estaba siendo devorado por esas mismas fuerzas.

Fue el primer deporte en darse cuenta de que la identidad de un club, de pronto, era un valor transable. El primer espectáculo que entendió que la fidelidad del público no valía nada sin la fidelidad de los datos y las métricas. Un ritual colectivo que se adelantó en aceptar que la emoción ya no dependía de una épica goleadora, sino de la constante novedad. El postfútbol fue creciendo donde el fútbol se oxidaba, y se alimentó de esa ansiedad global que necesita estímulos cada quince segundos.

No lo vimos. El fútbol siempre ha tenido cambios, algunos han sido muy comentados en su momento, pero bastaba con juntar todas esas transformaciones aisladas para, de pronto, ver aparecer otro deporte. Creímos que la pelota era inmune a las lógicas de la velocidad y la obsolescencia planificada: Maradona lo creyó primero, “La pelota no se mancha”. Nos convencimos de que la cancha era un territorio sagrado, protegido, al que las fuerzas del mercado llegarían tarde o nunca. Fuimos ingenuos. Nos llenamos de libros de fútbol que romantizaban el deporte, a los jugadores y a los hinchas hasta adormecernos del todo. Historias de batallas perdidas, que se presentaban como triunfos, como épicas, como si los narradores de este deporte fueran, en el fondo, otro eslabón de su fin. Tantos libros que no nos advirtieron de lo que estaba por venir.

Mientras los hinchas discutían sobre arbitrajes y goles dudosos, los dueños de los clubes discutían sobre tokens.

Mientras las barras aprendían nuevos cánticos, los jugadores aprendían nuevas cláusulas de salida.

Mientras los periodistas escribían sobre la mística de un club arruinado, los agentes evaluaban vuelos, hoteles, impuestos, contratos flash y geografías exóticas.

El fútbol se transformó sin que nadie lo anunciara. Y ahora, después de tanto, ha llegado momento de asumirlo.

Así surgió el postfútbol: un territorio sin nostalgia, sin raíces, sin tiempo. El ecosistema donde lo que importa no es el gol ni el campeonato, sino la rotación, la exposición, la circulación. Una actividad nueva, donde los relatores tienen que saber de finanzas y mercados a futuro, que transcurre más en el aeropuerto que en el estadio y que está gobernada por una red de representantes, fondos de inversión, algoritmos y pantallas. Su mito es la movilidad. No tiene ídolos: tiene activos. El deporte perfecto para una época que ya no quiere pertenencia, sino experiencias descartables.

En la cancha siempre hubo cambios.

Uno de los más relevantes fue cuando Cruyff se dio cuenta de que caminar podía ser tan ofensivo como correr. O cuando Bielsa asumió que cada desplazamiento podía explotarse como un recurso matemático. Pero ahora, fuera de la cancha, todo se transformó rápidamente.

Si bien llevo varios años anunciando la muerte del fútbol, no me convertí en sepulturero por gusto. Vengo de una generación que nació con la pelota en la memoria genética. En mi caso, no fue una decisión consciente ir a la cancha los fines de semana: fue parte de mi linaje, como la marca de nacimiento o el apellido. Somos millones en Latinoamérica los que podemos reconstruir la historia de nuestras primeras emociones colectivas siguiendo el hilo de un recuerdo: un gol gritado al unísono, una derrota masticada con rabia, una paliza a la hinchada en un viaje, el olor a maní tostado en las graderías, las rodillas raspadas después de un partido en la calle.

Este libro no es un lamento por el deporte que se ha ido, aunque inevitablemente nos llevará a recorrer esos caminos de la nostalgia. Estamos aquí para entender los impulsos y orígenes de un nuevo deporte, cuando todavía se puede sentir el olor y el ruido de esas tardes en que iba al estadio de niño con mis hermanos y mi padre. Él, siempre con una pipa entre los dientes, aceleraba su auto como un poseso por calles repletas de baches para llegar a tiempo y poder estar los cuatro sentados antes del pitazo inicial. El auto se llenaba de humo y yo me preguntaba cómo no terminamos chocando contra un camión o un árbol. La radio, encendida en una transmisión desde la cancha, nos decía cuánto faltaba para que comenzara el partido, quién estaba lesionado de última hora y cuántos hinchas habían entrado ya. Esa medición del tiempo me gustaba: los comentaristas iban calculando, al ojo, cuánta gente creían que ya había en las graderías. Como si fuera un gigantesco reloj de arena humano.

Esos minutos previos eran un ritual sagrado. En vez de rezar un padrenuestro, repetíamos la alineación de memoria, como si decirla en voz alta protegiera al equipo de cualquier desgracia y a nosotros de estrellarnos a esa velocidad.

La formación era siempre la misma. Un mantra que se transmitía de generación en generación. En Chile, en Argentina, en México, en Brasil, en España: las hinchadas sabían de memoria el once titular. Era la poesía popular del barrio, recitada con la misma devoción con la que un gitano recita su árbol genealógico. Cambiar un lateral izquierdo era como declarar el inicio de una nueva era, mientras el arquero suplente tenía la relevancia de un utilero.

Hoy, esa liturgia está muerta. No hay humo de pipa, no hay voces de radio enumerando nombres. Hay notificaciones de aplicaciones que avisan, quince minutos antes

de empezar, que jugará un suplente que llegó hace dos días desde Turquía, o un juvenil que en tres partidos ya suena como refuerzo en ligas remotas, como la rusa o la china.

Saber la alineación de memoria era como conocer la combinación de una caja fuerte o el estribillo de un *hit*. Hoy no hay un once fijo ni siquiera durante una misma semana. En este mercado los jugadores pasaron del amor a la camiseta, al amor a las camisetas.

En la infancia de los que no nacimos en este nuevo deporte, muchos jugadores vestían los mismos colores durante toda su carrera. Chamaco Valdés en Colo-Colo y Ricardo Bochini en Independiente eran símbolos vivientes, estatuas en movimiento, ejemplos de consecuencia y señal de arraigo. Ahora tenemos casos como el de Sebastián “Loco” Abreu, que convirtió su carrera en una especie de tour mundial: 32 equipos, 11 países y decenas de camisetas. En Chile, en apenas año y medio, jugó para Deportes Puerto Montt, Audax Italiano y Magallanes. Más que un futbolista, parecía un artista conceptual haciendo una performance sobre la fugacidad de la identidad.

Pero lo del Loco, como toda locura, se ha ido convirtiendo en una tendencia más que en una excepción. En 2023 la FIFA registró un récord de 78.742 traspasos internacionales. El equivalente a más de siete mil oncenas titulares subastadas al mejor postor. Más de doscientos jugadores vendidos diariamente a otro país, y esto incluye sábados, domingos, Navidad y Año Nuevo. Más de mil despedidas a la semana en distintos aeropuertos del mundo, con la familia abrazando al futbolista, que tiene el pasaporte en el bolsillo. Una selfie con todos, un video de despedida para las redes sociales y mucha suerte, hijo, a triunfar, a poner lo que hay que poner, ya te iremos a ver. Y tantos últimos besos, tantos miles de timbres en la frontera, tantos funcionarios de la policía de aduana que comparan la foto del jugador

con la del pasaporte y sí, es la misma persona, adelante, éxito, buen viaje.

En el deporte que vino después del fútbol, el jugador que se queda en el equipo de siempre parece una flor marchita. Un barco anclado, una semilla dormida, un gorrión que canta siempre al mismo rincón. La movilidad dejó de ser una rareza para convertirse en el objetivo. La base del juego es la novedad: de jugadores, de apellidos, de nacionalidades, de peinados. Como en las series de *streaming*, cada capítulo, o partido, trae personajes nuevos, y así el espectador aprende a no aburrirse.

Y a no encariñarse.

Cada semana un nuevo nombre por aprender, como si todo se tratase de un juego de memoria. Una novedad que, ojalá, nos ayude a olvidar rápido al anterior. Nos volvimos ateos de ese mantra que todos repetían, esa alineación que se apagó con las luces del mercado. Ya no importan los libros de pases, las temporadas de fichajes o las ventanas de transferencias. Nos enfrentamos a un deporte donde se negocia las 24 horas del día, los 365 días del año. Las oficinas de representación funcionan como *call centers* globales y la identidad de un jugador se mide en dólares, en *likes*, en minutos de pantalla, y en posibilidades de rotar y rotar por países y clubes, como si el verdadero juego fuera quién acumula más millas y camisetas.

No lo digo con orgullo: vengo pregonando la llegada del postfútbol desde 2013, cuando salió la primera edición de *Niños futbolistas*, el libro por el que recorrí América Latina para comprar un futuro crack por poco dinero y poder venderlo caro a Europa. Desde entonces me ha tocado repetir la mala noticia por aquí y por allá, como el mensajero en las tragedias de Sófocles. Ya sea en radios comunitarias de provincias argentinas, en canales de televisión de México, en suplementos deportivos de Brasil, en diarios de papel

en Chile o en medios deportivos de Francia o España. Y siempre recibo de respuesta el mismo gesto: cejas arqueadas, labios entreabiertos, esa mezcla de sorpresa y fingida incredulidad. Como si fuera un novelista inventando un apocalipsis futbolero. Pero soy cronista. Y los cronistas no inventamos, encontramos.

Levantamos la sábana del cadáver.

—No lo estoy inventando, ¡es cierto! —insisto cuando ponen en duda la muerte que nos convoca, y entonces empiezo la operación de forense amateur. Hablo de casos concretos, muestro testimonios, describo nuevas rutinas que ya no huelen a pasto recién cortado sino a plástico de merchandising. Enumero nombres, cifras, contratos, como pasando la lista en una correccional. Hago conversiones financieras al aire, como si comentara las variaciones de la bolsa de Nueva York, y mato al fútbol otra vez. Ahí mismo, en mitad de la entrevista. Eso es lo que buscan. Eso es lo que funciona. Para eso me entrevistan. Y, de alguna manera, eso es lo que me motiva a escribir esta historia. Intentar entender por qué el verdadero negocio del fútbol se ha convertido en matarlo, una y otra vez, frente a todos, en vivo y en directo.

El fútbol está muerto.

Viva el postfútbol.